

ciudades, Ramos, el camarada que le acompaña en la Estación del Norte, decide que es hora de participar activamente en los combates contra los rebeldes. Ambos parten en el coche de Manuel con la intención de repartir entre los milicianos la dinamita necesaria para volar los puentes por los que los rebeldes podrían acceder a Madrid. En un principio, Manuel se siente preocupado por lo que pueda sucederle a su automóvil, sin embargo, conforme se contagia de la camaradería que impregna los primeros días de la revolución, decide, finalmente, centrar toda su atención en la lucha contra los militares sublevados. A partir de este momento, se produce un cambio en la escala de valores de este personaje, ya que, en ese instante, el individualismo propio de la clase burguesa a la que pertenece pasa a un segundo plano frente al interés por el éxito de la revolución obrera. Desde entonces, el compromiso de Manuel con la causa republicana y, más concretamente, con el comunismo, se convierte en un proceso irreversible. A lo largo del mismo, el protagonista es cada vez más consciente de que la organización y la disciplina son cualidades indispensables en la lucha contra los rebeldes. Dos escenas plantean este tema que Malraux asocia tan frecuentemente a los personajes comunistas, a los que representa como individuos que se consideran dotados de una especial sabiduría política<sup>13</sup>. Una de ellas tiene lugar en una pequeña localidad de la sierra madrileña arrebatada a los rebeldes. Allí son fusilados dos guardias civiles que, por error, habían llegado al pueblo creyendo que todavía estaba bajo control de los sublevados. Tras ser ejecutados, un joven campesino impregna sus dedos en la sangre de uno de los cadáveres y escribe “Muera el fascismo”. Después de presenciar esta escena, Manuel no muestra compasión ni hacia los guardias muertos ni hacia el muchacho que manifiesta su odio sobre una pared; por el contrario, sus pensamientos se concentran entonces en la necesidad de que su partido combata con el orden y la disciplina toda la vesania que había contemplado en el gesto del campesino. También entonces el protagonista se percató de que ha perdido la pureza moral que conservaba al comienzo de la guerra y que, a diferencia de personajes como Hernández, está dispuesto a sacrificar en favor de la victoria republicana. Manuel ha aprendido de la mano de los comunistas que, sólo dejando a un lado los sentimientos y los escrúpulos morales, se pueden obtener resultados satisfactorios en el trascurso de la contienda; así lo comprueba en la segunda de las escenas, donde el protagonista se dirige a una muchedumbre de milicianos que se agolpan en la estación de Aranjuez tras

<sup>13</sup> Raymond, G., (1995). *André Malraux: Politics and the Temptation of Myth*. Vermont. Ashgate, p. 154.